

# Madero en la historiografía de la Revolución

---

*Ignacio Solares*

La primera dificultad al acercarse a personajes históricos como Francisco I. Madero no es tanto lo que se dice de ellos como lo que no se dice. Y, lo que es peor, lo que algunos historiadores dicen y otros –quizá de igual prestigio y supuesta validez– contradicen. No decir y contradecir. Veamos el primer punto.

Empecé a interesarme en Madero precisamente por ese aspecto que casi no se mencionaba de él: el espiritismo. ¿Qué clase de revolución fue la nuestra, que se inició bajo mandatos de los espíritus? ¿Qué país dejó Madero, después de que le dijeron desde el más allá que nosotros, los mexicanos, estábamos destinados a ser pioneros de la libertad y de la justicia? Pero más que su facultad de médium mismo, me resultó revelador saber que Madero era médium a través de la escritura automática. Por eso cuando el historiador Manuel Arellano –organizador del Archivo Madero– me permitió acceder a las libretas en las que Madero había recibido los mensajes que marcaron su vida –y ese periodo tan significativo de nuestra historia– me pareció que ahí estaba una valiosa pieza del rompecabezas nacional y que también Madero estaba más ahí en las libretas que en todos los textos escolares y oficiales en que había aprendido a conocerlo.

Madero, literalmente, se puso en manos de la escritura. ¿No es esto de lo más atractivo también para un escritor? Madero se dejó conducir por las letras redondas y apretadas, en ocasiones casi ilegibles, que plasmó en esas libretas de hojas rayadas y tapas duras y azules. Madero dibujó ahí el mapa de su periplo mismo, anunciando lo que iba a sucederle, como en un libreto teatral. Autor y personaje de su propio drama, Madero se leía, como si la vida fuera eso, escritura dictada por otro, por el otro, por quién, por quiénes. Ahí en esas libretas dijo que a pesar de que no era su vocación se metería a político y haría una revolución, derrocaría a Porfirio Díaz y finalmente sería sacrificado. Guión que cumplió a la letra, al pie de la letra. Nuestra Revolución se inició en ese guión, viniera de

donde viniera, que Madero escribió fuera de sí, en sí y a pesar de sí, en sí y a pesar de sí mismo; es decir, en plena ofrenda. Las libretas, como era de temerse, las guardó celosamente su catoliquísima familia durante años, hasta que hace relativamente poco tiempo rescataron parte del material Natividad Rosales y Enrique Krauze. Pero antes no sólo a la familia sino a buena parte de sus historiadores también les pareció que las prácticas espiritistas demeritaban la imagen del Apóstol de la Democracia. Uno de ellos es Urquiza. En su libro, *¡Viva Madero!*, subrayó una y otra vez la cordura de Madero; “un hombre de razón”, dice, y al describir su biblioteca personal ni siquiera menciona los libros de Allan Kardec, de los que Madero tenía ediciones en francés y en español empastadas en piel. ¿Cómo proteger una revolución sin ocultar la locura espiritista de su iniciador? Ahora bien, la ausencia de esa información creó una especie de puntos oscuros que nos dificultan su comprensión, ya que fueron tan importantes, tan determinantes para ese iniciador. Por eso, por la falta de esa pieza del rompecabezas, Stanley Ross en su biografía sobre Madero, afirma:

El hecho de que Victoriano Huerta –enemigo acérrimo de Madero desde el principio, lo que Madero sabía– hubiera de convertirse en comandante federal a cargo de la defensa del gobierno maderista, resultaría inverosímil en una obra de ficción.

Por eso mismo, por su inverosimilitud, qué atractivo resulta realizar esa obra de ficción. Y Cumberland –otro de sus biógrafos de más prestigio– dice que “los cambios de actitud de Madero hablan de una problemática psicológica en la que al historiador le es difícil penetrar”. Y es que, en efecto, los escritos espíritas de Madero nos muestran cuánto y cómo le cambió la vida la escritura, viniera, como decíamos, de donde viniera.

Ese Madero –el otro Madero– es el que han tratado de ocultar familiares e historiadores. Por ejemplo, uno de los más reconocidos, Alfonso Taracena, que por lo demás ofrece una riquísima información, dice en el prólogo de su biografía sobre Madero que las imputaciones que con más insistencia formulan contra él “los indocumentados contrarrevolucionarios vergonzantes inspirándose en las censuras de los periodistas de la dictadura y del huertismo que durante más de cincuenta años trataron de enlodar al Apóstol de la Democracia”, son: que decapitó a la Revolución con los tratados de Ciudad Juárez, que se lanzó en brazos del ejército y que fue espiritista. Y resulta que, en efecto, Madero decapitó a la Revolución con los tratados de Ciudad Juárez, que se lanzó en brazos del ejército –en una ocasión le dijo a Victoriano Huerta: “General, estoy en sus manos”, casi invitándolo a que culminara de una buena vez la tragedia, la repre-

sentación que le esperaba y no hay ninguna duda de que fue espiritista hasta el último momento de su vida. Y a pesar de ello, y en ocasiones gracias a ello, la figura de Madero puede ser de lo más rescatable para nuestra historia, y su mensaje democrático mantener gran vigencia. En ese mismo prólogo de Taracena, se incluye una carta de Vasconcelos en la que dice:

Taracena relata, en detalle, las circunstancias en que llegó Madero a interesarse en el espiritismo. Es claro que ninguna cabeza educada y sana puede tomar en serio las ingenuidades de un Allan Kardec, las patrañas de los médiums; sin embargo, todo el que ha padecido curiosidad por los problemas fundamentales de la vida que no son sociales y temporales, sino los que afectan a nuestro destino de un modo profundo y eterno, ha tenido que investigar en todos los credos y que estudiar incluso las supersticiones. Desde ese punto de vista ha de mirarse la *pasajera* conexión del Presidente Mártir con las sectas espíritas. Ni creyó en ellas ni mantuvo esa relación en los días de su madurez intelectual, mucho menos cuando tuvo a su cargo la función ejecutiva de la nación. Las versiones que han pretendido enseñarnos al gran caudillo moviendo mesitas para consultar sobre los altos problemas patrios, no pasaron nunca de ser obra de caricaturistas, ocurrencia de desocupados, o calumnia deliberada de quienes no podían perdonarle su gestión política inmaculada y sus antecedentes de hombre de cultura y de honor. Yo traté a Madero con intimidad, durante los tres últimos años de su corta vida, y precisamente hablamos a menudo de los temas filosóficos y de creencias, y jamás le oí tomar en serio, ni mencionar siquiera, el credo espiritista.

Me parece muy lógico que Madero no hablara de cuestiones espiritistas con Vasconcelos, después de saber cómo se expresaba de Allan Kardec.

Y lo mismo le debe haber sucedido con otro de sus biógrafos, Sánchez Azcona, su secretario particular por ese entonces, y que en una ocasión, ante el propio Madero, se refirió peyorativamente a la “chifladura” del espiritismo. Por supuesto, en su biografía sobre él, Sánchez Azcona ni siquiera de pasada menciona que Madero se dedicara a prácticas espiritistas, que determinaron incluso su relación con su familia. Cuando su padre le pide que renuncie a sus peligrosas ideas políticas, Madero le responde en una carta en que argumenta, en tono de disculpa, que no podría hacerlo porque espíritus superiores que lo visitan le han señalado el camino

La relación de Madero con su familia muy pocos historiadores la mencionan, a no ser sus detractores, y le faltó a Taracena colocarla entre las “imputaciones que con más insistencia formulan los indocumentados contrarrevolucionarios vergonzantes”. Por ejemplo, en el libro de Vasconcelos sobre el abuelo de Madero, don Evaristo, dice:

Don Evaristo comprendió que había llegado el momento de librar su última campaña en defensa de la justicia y del bien apoyando a su nieto Francisco. Le tocaba ahora

defender la obra de toda su vida dedicada al trabajo fecundo. Podría perderlo todo, pero no el honor. Ni una sola palabra salió jamás de sus labios condenando al nieto.

¿Por qué extraña alquimia del autoengaño pudo Vasconcelos afirmarlo? Porque debió conocer las cartas, los comentarios públicos y hasta los desplegados periodísticos que el abuelo hizo en contra de la campaña política del nieto. En una ocasión se refirió a Madero como a un microbio que lucha contra un elefante, en este caso Porfirio Díaz. Por supuesto, don Evaristo no calculaba el poder mortífero de los microbios, pero lo que importa aquí es el tono peyorativo del comentario. También lo consideraba incapaz de escribir un libro y por eso dudaba de que fuera el autor de *La sucesión presidencial*. “Te diré la verdad –le dice don Evaristo a su nieto Francisco en una carta– no te considero capaz de escribir tal libro y deseo saber quién te ayudó.” Y cuando por fin reconoció que su nieto era efectivamente el autor, le envió otra carta que culminaba así: “El resultado de todo esto es que, después de ponerte en ridículo, expones el bienestar de tu padre”. Esto es, el bienestar económico. Al saber que había sido electo candidato a la presidencia de la República y que había aceptado, le escribe: “Eres un atrevido e inconsciente”, y empieza, al igual que sus demás parientes, a tildarlo de loco: “Cada vez que reflexiono sobre tu conducta, me doy cuenta Panchito que has perdido la razón”. Esto, además de enviar cartas a los periódicos en las que decía: “Yo y todos mis hijos, incluso el padre de mi nieto Francisco, nos hemos opuesto y nos opondremos siempre a la campaña política que él ha emprendido por todo el país”. El padre mismo de Madero, que jugaría un papel tan determinante en algunas de sus decisiones, le dijo a Federico Gamboa, entonces subsecretario de Relaciones Exteriores, en un restorán y ante varios testigos: “Mi hijo Panchito está loco”. Lane Wilson dirá lo mismo cuando ya Madero esté preso en la intendencia de Palacio: “¿Y qué hará con el pobre Madero? Mandarlo a un manicomio que es donde siempre debió haber estado”. Ese mismo padre a quien Madero le confió en buena medida los tratados de Ciudad Juárez, por medio de los cuales se decidió con Limantour que en caso de que don Porfirio decidiera renunciar, se nombraría a De la Barra –entonces embajador de México en Estados Unidos– como presidente interino, para después convocar a elecciones. Ahí, en efecto, como teme Taracena, Madero decapitó la Revolución. Ya para cuando entró a la ciudad de México en junio de 1911, con toda la gloria del jefe máximo de una revolución triunfante, uno era el hombre al que aclamaba el pueblo y otro el que gobernaba desde Palacio Nacional. Ambivalencia que influyó determinantemente en su comportamiento con Zapata: otro de

los puntos oscuros en la trayectoria política del Apóstol de la Democracia.

Por una parte, los maderistas se niegan a reconocer que Madero haya traicionado a Zapata y por la otra los zapatistas, como Womack, ofrecen pruebas concluyentes de que sí lo traicionó. Unos y otros nos los muestran como personajes de alguna manera antagónicos y sin embargo cuando Madero estaba a punto de caer, Zapata le ofreció refugio por sus rumbos. Esto apenas lo mencionan maderistas y zapatistas y me parece un dato determinante para entenderlos a uno y a otro. Un enviado de Zapata, Timoteo Andrade, lo visitó en Palacio Nacional el dieciocho de febrero de aquel trágico 1913, apenas cuatro días antes de que Huerta lo mandara asesinar. Según contará Bonilla, ministro de Fomento del gobierno de Madero, éste se emocionó profundamente (hasta las lágrimas) cuando se habló de una reconciliación con Zapata, quien le ofrecía dos mil hombres en el sur y cuanta ayuda pudiera necesitar. Después, Madero sostuvo una reunión con los senadores, que iban a pedirle su renuncia, y de la cual existe una versión taquigráfica –citada por el propio Taracena: “Contrasta la conducta de ustedes, señores senadores con la de Zapata, que me ofrece dos mil hombres en el sur”. Y también Taracena dice: “El licenciado Federico González Garza, gobernador del Distrito, oyó hablar de un emisario enviado por Zapata al señor Madero para invitarlo a luchar contra el enemigo común”. Sin embargo, repito, pocos historiadores mencionan el pasaje. El mismo Womack dice al respecto:

Aunque circularon rumores de que Zapata y De la O habían decretado un armisticio provisional para ayudar a los leales, y aunque algunos observadores creían inclusive que Zapata estaba ofreciendo protección y refugio a Madero, evidentemente no se había hecho tal trato y ni siquiera se había intentado realizarlo, pues en aquellos días de angustia los jefes no se reunieron en junta, ni tomaron decisiones.

Y Womack pone una nota al pie de página que dice: “Para esta leyenda véase por ejemplo, Bonilla...” ¿Por qué leyenda? En la reunión con Timoteo Andrade estuvieron presentes Bonilla, entonces ministro de Fomento, el mencionado González Garza, gobernador del Distrito, y García Peña, ministro de Guerra. “Andrade estaba seguro de que Zapata no le tenía rencor al presidente Madero y lo ayudaría”, dice Bonilla. ¿Es una de las afirmaciones por las que Womack tenía que rechazar el pasaje? ¿Y la versión taquigráfica de la reunión con los senadores? ¿Mintió Madero al decir que Zapata le ofrecía dos mil hombres en el sur? ¿Y el testimonio de González Garza? ¿A quién creerle y a quién no? Quizá la ventaja del novelista es que puede colocarse en un intervalo, como dice el poema metafísico hindú Bahairava: “En el

momento en que se perciben dos cosas, tomando conciencia del intervalo entre ellas, hay que ahincarse en ese intervalo. Si se eliminan simultáneamente las dos cosas, entonces, en ese intervalo, resplandece la Realidad”. Proposición ésta que quizá tampoco le habría disgustado al propio Madero, tan amante de lo hindú. Porque, además, a cada paso va el lector común a toparse con ese tipo de contradicciones en los textos históricos sobre el maderismo. Por ejemplo, se dice (Taracena, Sánchez Azcona, Urquizo...) que después del intento frustrado de los primeros enviados de Huerta para aprehender a Madero en su despacho de Palacio Nacional, éste salió a un balcón a arengar a grupos de rurales reunidos en la calle de la Acequia.

Soldados, les gritó Madero, acabo de sufrir un atentado del que venturosamente salí ileso, pero el enemigo está aquí mismo en el Palacio. El gobierno legítimo de la República está en peligro y requiere la cooperación inmediata de los soldados leales y dignos. Con la ayuda de ustedes hemos de triunfar. ¡Viva México! La gritería de los rurales atronaba el espacio. Requirieron sus armas y gritaban: ¡Viva Madero! ¡Viva el supremo gobierno!

Sin embargo, véase el contraste con la versión que de tales hechos da Vasconcelos:

Apenas levantados los muertos, reunió Madero a los pocos que estaban con él y se asomó al balcón de Palacio intentando llamar al pueblo en su auxilio. Afuera, las calles totalmente desiertas demostraban el cuidado que había tenido Huerta de aislar a su prisionero.

Totalmente desiertas... ¿qué hacer entonces? Escoger la versión que más convenga a la novela, siempre desde ese intervalo en el que resplandece la realidad y la imaginación. Y me pregunto si no será de veras lo imaginativo, a partir de acumulada la suficiente información, lo que nos permitirá reconstruir la realidad tal como fue... o por lo menos como debió haber sido. Finalmente, el novelista cree que lo que importa es el halo que dejan los hechos, más que los hechos mismos. Por eso a partir de ese Madero espiritista, contradictorio, sentimental, con una entrega absoluta a la causa en la que creía, es como podemos entender (suponer) la reunión que tuvo con el entonces presidente Porfirio Díaz —cuando los dos eran candidatos a la presidencia, uno por el Partido Antirreeleccionista— y de la cual se sabe muy poco. Esa reunión cambió también la vida de Madero. Por principio de cuentas, don Porfirio le debió de recordar a su abuelo Evaristo: la apostura, la prepotencia y hasta el tono de burla con que lo trató. Además, en relación con la publicación de su libro *La suce-*

*sión presidencial*, Madero había recibido dos años antes un comunicado del espíritu de Benito Juárez, en el que se le vaticinaba:

El triunfo de usted va a ser brillantísimo y de consecuencias incalculables. Su libro va a hacer furor por toda la República, como una corriente eléctrica que va a impresionar a todos los espíritus, les provocará una poderosa sacudida que los sacará del letargo en que están sumidos... Ya le hemos dicho que al general Porfirio Díaz le va a causar una impresión tremenda, le va a infundir verdadero pánico.

Madero debió de sentirse profundamente frustrado al encontrarse, por el contrario, con un Porfirio Díaz que no hizo sino burlarse de él. ¿No es aquí fundamental la información que nos dejó Madero en sus comunicados espíritas? A la reunión entró el pacifista, el Apóstol de la Democracia y salió el caudillo de un inminente movimiento armado. “Responderemos a la fuerza con la fuerza”, dijo significativamente al día siguiente, en el centro antirreeleccionista. La entrevista con Porfirio Díaz le sirvió, tal parece, para asumir su destino, un destino del que desde diez años antes le habían advertido los espíritus. Pero bueno, más allá –precisamente más allá– de esos dictados, vengan de donde vengan, está el hecho fascinante, revelador, fabuloso (fábula: transformación de los seres en “alma”) de la escritura, de su escritura, por sí misma. ¿No será que, de alguna manera, toda escritura sincera es automática? Por lo menos, como en el caso de Madero, fue desde ya el signo a descifrar, premonitorio, de un desenlace.